

y, con efecto, envía á los periódicos de París la noticia de que el célebre escritor Régis de Fagan, á consecuencia de unas fiebres palúdicas, se ha vuelto loco en Córcega. Nadie me negará que la madre y las dos niñas son tres piés para un banco.

Sea de amargura, sea por causas puramente físicas, Régis cae gravemente enfermo. Sus hijas lo saben, pero no se embarcan: ¡qué se habían de embarcar! Le escriben, sí, unos billetitos muy zalameros... Sin embargo, á los dos ó tres días, por otras causas muy diferentes de la enfermedad de su padre, Rosa y Nineta tienen que venir á París precipitadamente. ¿Creerán Vds. que desde la estación pasan á casa de su padre moribundo? Nada de eso. ¡Envían... á la institutriz!... Con razón exclama el enfermo pocas horas después. "Que salgan esas despiadadas hijas... ¡Ah! ¡Lo que me han hecho! ¡Qué de puñaladas, aquí, en el corazón! Me he divorciado de mi mujer... ¡Pues hoy me divorcio de mis hijas... y en paz!,"

La moraleja de Daudet, hela aquí: el

divorcio nada resuelve, mientras existen los hijos. ¿Lo ha demostrado? No; al contrario, ha probado que lo malo es el divorcio con tranquilas. Si la ley no exigiese ciertas circunstancias para autorizar el divorcio, Régis de Fagan no hubiese dispuesto la farsa del flagrante delito, colocándose por necesaria delicadeza en la posición desventajosa del padre culpable, que le quita sobre sus hijas toda autoridad y prestigio, y las deja entregadas irremisiblemente á una mujer falsa, astuta, vil, que por sistema las va desviando del cariño de su padre. La verdad es que, dada la condición moral de las niñas, Régis no ha perdido en ellas nada real, sino la ilusión de la paternidad, ilusión dulcísima, pura, santa... pero en este caso, mera y vana ilusión.

De propósito he dejado para el final hablar del otro *caso* que presenta Daudet, el de Madama Hulin, porque es una historia enlazada con la de Régis, pero en realidad independiente de ella. Casada Madama Hulin con un hombre en quien la pasión



celosa se ha exaltado hasta el delirio y que la harta de malos tratamientos y ultrajes, sepárase de él, pero no quiere divorciarse, porque es católica y la iglesia ve con malos ojos el divorcio. Madama Hulin vive en la misma casa que Régis, y desde que se ven ella y el escritor, establécese entre ambos simpatía inocente y honrada, pero profunda. Después de varios incidentes, muere el marido de Madama Hulin, y adivinamos que pasado algún tiempo la viuda será el consuelo del escritor. En el tipo de esta señora, paréceme que la argumentación de Daudet está más en lo firme, porque la conciencia nunca pierde sus fueros, y si la ley concede derechos y la conciencia los veda, al dictamen de la conciencia se atienen los espíritus rectos. Sin embargo, también aquí tengo mucho que objetar al análisis de Daudet. Si suponemos á Madama Hulin tan católica, no podemos admitir que se niegue á hacer vida matrimonial con su esposo. ¿Que éste era celoso, suspicaz, terrible? En primer lugar, ya está arrepentido; en se-

gundo, la caridad manda sufrir con paciencia sus flaquezas y adversidades. De fijo que así pensaba y así disponía el confesor de Madama Hulin, el cual tampoco creo que autorizase á esta señora, aun después de muerto su marido, á unirse con Régis; porque si el matrimonio de Régis había sido consagrado por la iglesia, para el confesor de Madama Hulin Régis seguía siendo un hombre casado y su mujer bigama y adúltera, al menos mientras Roma no consintiese la disolución del vínculo, según he leído que sucede alguna vez en Bélgica, país donde hay mucha población católica y bastantes divorcios.

Nada dice sobre esto Daudet, y por eso Madama Hulin es un enigma y á la vez una mujer muy infeliz, buena y simpática, por lo cual el corazón del lector (sea éste partidario ó adversario del divorcio) se inclina á desear que la excelente señora obtenga la felicidad por cualquier medio. Y así, en una novela escrita contra el divorcio, todo conspira á favor de él.—



Insisto en lo que ya dije al empezar este examen de la última novela de Daudet; él no tiene el hábito de *impugnar, demostrar y persuadir*, la *lógica, la firmeza de convicción*, dotes características del moralista y que Alejandro Dumas posee en alto grado.—Así se explica la equivocación—en cuanto tesis—llamada *Rosa y Nineta*.

En cambio el artista nos deleita con páginas tan seductoras como la del baile de máscaras de la prefectura, el episodio del gomoso parisiense y el marido corso, y otras páginas que son de los mejores tiempos de Daudet. En perfección artística (no digo en inspiración), el gran novelista ha llegado al límite supremo: la *habilidad* para narrar, pintar y describir no puede dar más de sí, porque va unida á una calculada sencillez digna de la escultura griega, y á una distinción que sólo puedo comparar á la grácil elegancia de las flores de estufa. En este concepto... Daudet y *for ever*.

Lon: *El libro de la piedad y de la muerte.—Fantasma de Oriente.*

En mi sentir, la literatura francesa novísima se está afeminando de un modo evidente. Ha vuelto al lirismo, á la *morbidez*, al toque fino, á las neurosis suaves, empapadas en lágrimas; á las menudencias y cominerías del sentimiento y de la forma, al país de abanico, á Watteau y á Lancret. A mí la cosa me da mucho en qué pensar, por ciertas contradicciones que suscita en mi sentido estético. Es el caso que los pintores franceses del siglo xviii me cautivan, me llegan verdaderamente al alma. Entre un Watteau ó un Ribera, yo escogería, para mi gabinete, para recreo de mis pupilas y de mi espíritu, al primero, el enervado, el muelle, el fino soñador. No me hablen de realismo, porque no me convencerán. De seguro que es mi alma de mujer la que se revela en esta preferencia instintiva y contraria á muchas ideas estéticas que en otras ocasiones prevalecen.



Es la mujer, prendada del abanico, del lazo de cinta blandamente arrugado, del medallón de esmalte, de los cambiantes del raso marchito, de todo aquello en que, si no campea el vigor, sonríe la gracia.

Mas sin duda que en literatura mi instinto femenino se replega y esconde, puesto que esta nueva escuela transpirenaica, visiblemente inspirada en las tradiciones de la pintura y de la indumentaria Luis XV, no acaba de satisfacerme, ni me parece progreso y evolución, sino retroceso y aminoración del período literario que siguió al romanticismo.

Puede esta apreciación mía reconocer por origen alguna de las razones siguientes. Primera y bien sencilla: que en efecto no sea del todo satisfactoria la nueva fórmula de la literatura francesa. Segunda: que la inferioridad consista, no tanto en el error de la fórmula, cuanto en deficiencias de genio, en la falta de un autor de esos que, como Zola, saben abrir en el pasado brecha inmensa por donde

entra triunfante el porvenir. Tercera: que á mí se me vayan endureciendo las casillas del cerebro, y empiece á manifestar esa especie de hostilidad inconsciente y sorda de los escritores de una época á los de la siguiente. Esto último lo digo como hipótesis, pues en conciencia me encuentro lo que siempre fui; ecléctica y amplísima de criterio... Ello es que de los mismos escritores amadados de la generación actual, unos me gustan más, otros menos, y otros nada... Entre los primeros, los que leo con placer, ya que no con reverencia y entusiasmo, cuéntase el importador del *Eros* cosmopolita, Pedro Loti, de cuyas obras tituladas *El libro de la piedad y de la muerte* y *Fantasma de Oriente* voy á decir algunas palabras.

El *Libro de la piedad y de la muerte* es, en primer término, un producto raro, distinguido entre sus numerosos congéneres, los libros donde un autor reúne artículos ó estudios cortos sobre materias que guardan entre sí cierta analogía. El



de Loti tiene la unidad de la autobiografía, pero autobiografía en que casi no sucede nada, en que el interés consiste en una serie de impresiones fugitivas, nostálgicas, de la niñez y la juventud. La muerte de una parienta entrada en años; los amoríos, peleas y andanzas de dos gatitas, una europea y otra traída por Loti de Oriente... no hay más en la obra. Declaro que, en su género, es perfecto el estudio de las dos gatitas: lo mejor del libro, y de lo mejor que habrá escrito en su vida Loti. Aquellas zapaquildas tienen fisonomía propia, no sólo en lo físico, sino en lo moral: son dos seres nerviosos, sentimentales, dotados de pasiones, virtudes y vicios, como las personas; en la nueva *Gatomaquia* los "hermanos inferiores," de la humanidad ascienden á la dignidad psíquica, rudimentaria sí, pero real y efectiva. En el episodio de las dos gatitas hay un *sublime patético-casero* ya explotado por Catulo en su oda *Al pajarillo de Lesbia*, y que tal vez nadie ha manejado con mayor destreza que Loti. Y digo des-

*treza*, por que no me atrevo á decir *sentimiento*. No niego que Loti pudiese sentir algo de lo que expresa respecto á las dos gatitas, al perro sarnoso, y demás héroes irracionales de sus historias: sólo si creo que ese sentimiento lo toma él por punto de partida, como el músico el tema inicial melódico, y poco á poco, con mucho arte y sutileza, va desarrollándolo, amplificándolo, retorciéndolo, alambicándolo, exprimiéndolo, hasta que suelta la última gota de esencia de melancolía ó de humorismo, hasta que las aventuras de la gata adquieren todo el valor de las desdichas de Ofelia, Desdémona ó Margarita. Ya que he comparado á Loti con el hábil compositor, evocaré un recuerdo musical que, á mi modo de ver, simboliza adecuadamente el *Libro de la piedad y de la muerte*. ¿Recuerdan Vds. la *Marcha fúnebre de una marioneta*? Los sollozos y murmullos que parecen carcajadas infantiles; el sonsonete de las patitas de palo de las otras marionetas que siguen el féretro; todos los humorísticos detalles



que realzan aquella monería ideada por Carlos Gounod? Pues hagan cuenta que el libro de Loti es cosa muy parecida á la *Marcha fúnebre de una marioneta*. Psicología la hay, y muy quitesenciada y superfirrolítica, en ambas creaciones; pero no es el alma de la muñeca ni la de la gata la que dialoga con nosotros al través de una celosía de renglones y de notas: es el alma del autor...

En *Fantasma de Oriente* Loti desarrolla un tema mucho más conocido ya: el tema favorito suyo: el de *Aziadé*, *El casamiento de Loti* y *La señora Crisantelmo*: el amor de lueñas tierras, la comunicación y fusión íntima de dos seres nacidos bajo latitudes muy distintas. Loti ha realizado en su vida muchos *viajes sentimentales*: otros van al Japón por figuras de marfil y telas bordadas, á China por té y cajas de laca, á Constantinopla por tapices y *nargilés*: Loti va á cada país buscando una mujer, no por capricho de libertinaje, sino por curiosidad analítica, pues si indudablemente las latitudes

modifican la forma de los cuerpos, las facciones del rostro, el color del pelo, de los ojos y de la tez, aún establecen mayores diferencias en el sentir y el pensar, y eso es lo que enciende la curiosidad de Loti y subyuga su fantasía. ¿Qué hay de verdad en sus relaciones amoroso-trashumantes? A luengas tierras, luengas mentiras... Que nos lo cuente bien, y es todo cuanto le pedimos. Y á la verdad, lo cuenta de perlas.

¿Qué nos refiere Loti en *Fantasma de Oriente*? Una peregrinación á un sepulcro.—Desde hace diez años que salió de Constantinopla, sueña todas las noches con volver á ver, en Estambul, á la niña circasiana Aziadé, á quien dejó bañada en lágrimas al separarse de ella. En diez años, ¿qué habrá sido de la joven mahometana? Loti arde en deseos de saberlo, aunque al cerrar sus maletas y trazar su itinerario de viaje, de París á Bucarest y de Varna á Constantinopla por el Mar Negro, dispone un paréntesis de una semana en el palacio de la reina *Carmen Sil-*



va, lo cual no me parece del todo lisonjero ni cariñoso para Aziadé...

Loti lleva á Estambul la impresión de un ensueño. Cree que no tiene existencia real lo que busca, que corre tras un mito de su imaginación, tras un espectro de la memoria. ¿Vivirá Aziadé? Esta suposición le perturba y trastorna más aún que la de su muerte. ¿Estará más hermosa en la madurez, ó ajada y marchita? "No importa: envejecida ó moribunda, yo la amaré," exclama el autor. Sin embargo... "Aziadé y Loti, al menos los de entonces, bien muertos están; lo que pueda quedar de ellos mismos se ha transformado, y apenas se les parece, ni en alma ni en rostro; sí, ambos murieron." Con el egoísmo poético, que rara vez se expresa en voz alta, pero que tan bien caracteriza al amor llamado por Stendhal *de cabeza*, Loti confiesa que, en el momento de partir, desearía "tener la certidumbre de no encontrar allá más que una tumba."

A la hora pensativa del anochecer, Loti, que se despide de su morada, al

contemplar los yataganes, los bordados orientales, los tapices que la decoran, siente "la disparidad de las razas humanas, y cuánto es insensato, imposible y funesto buscar en tan remotos climas el amor." Esto, dirá algún malicioso, pudo habersele ocurrido antes á Loti...

De todos modos, el párrafo en que Loti expresa tal sentimiento es muy penetrante: "Entre los dos seres descarriados que se aman, álzase la valla de la herencia y de la educación, totalmente distintas, el abismo de lo incomprensible, y presienten que *después*, llegada la última hora, ni ha de arrullarles á la vez la misma religión mamada con la leche, ni cubrirles la misma tierra. Con esto se agrava la separación del tiempo y de la muerte, y los espíritus caen en dos *nadas* opuestas." No obstante "sobre la profunda diversidad de las razas y las religiones, pasa el amor, el trueque de las almas en un mirar de ojos."

Loti llega á Estambul y empieza á buscar á su Aziadé por las tortuosas callejas